

Francisco A. Muñoz
Caos, Gea y Eros. Desde el desorden a la armonía de la Paz
Convergencia. Revista de Ciencias Sociales, vol. 16, 2009, pp. 115-140,
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10512244006>



Convergencia. Revista de Ciencias Sociales,
ISSN (Versión impresa): 1405-1435
revistaconvergencia@yahoo.com.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Caos, Gea y Eros. Desde el desorden a la armonía de la Paz

Francisco A. Muñoz

Instituto de Paz y Conflictos de la Universidad de Granada, España / fmunoz@ugr.es

Abstract: Ancient Greek cosmogony, as well as many others, places *Chaos* in the primeval origin of the Universe. From the beginning of times, Chaos (is feminine) is accompanied by *Gea* (the Earth) and *Eros* (Love); with this explanation it is possible to incardinate the Universe, the Earth, Nature, Life and Human beings with the Gods and supernatural forces. *Eros* represents the desire that brings about life, which is worried about the achievement of the best conditions to satisfy needs and the development of human potentialities. From the beginning of history in order to achieve harmony and peace it was necessary to manage Chaos, the complexity and conflicts, and to look for the greatest, fairest and longest-lasting balances.

Key words: peace, conflicts, history, complexity.

Resumen: La cosmogonía griega antigua, al igual que muchas otras, sitúa a *Caos* como el origen primigenio del Universo. Desde el inicio de los tiempos es acompañada (es femenino) por *Gea* (la Tierra) y *Eros* (el Amor). Con esta explicación se consigue incardinar el Universo, la Tierra, la naturaleza, la vida y los seres humanos con los dioses y las fuerzas sobrenaturales. *Eros* representaba el deseo que trae la vida, preocupado por conseguir las mejores condiciones para satisfacer las necesidades y procurar el desarrollo de las potencialidades humanas. Desde el comienzo de la historia, para que existiera armonía y paz era necesario gestionar el caos, la complejidad y la conflictividad, y buscar los equilibrios más justos y duraderos posibles.

Palabras clave: paz, conflictos, historia, complejidad.

Muchas cosmogonías antiguas sitúan al *Caos* como el origen primigenio del universo y la vida. Con él convivían desde el inicio de los tiempos *Gea*, la Tierra y otras fuerzas creadoras. La sabiduría e intuición de las antiguas civilizaciones permitió que dieran una explicación mitológica, en gran medida irracional, pero, por otro lado, tan cercana a las teorías científicas como la propia del *Big bang*. Con este argumento conseguían incardinar a los dioses, el Universo, la Tierra y la vida en un proceso creativo que servía de explicación para todos los acontecimientos en los que de una u otra forma estaban implicados los humanos. Estos relatos nos sirven como un sugerente punto de partida para afrontar los problemas actuales de la paz, los conflictos y la violencia.¹

Cuando en lo alto el cielo aún no había sido nombrado, y abajo la tierra firme no había sido mencionado por su nombre, del abismo (*Apsú*), su progenitor, y de la tumultuosa Tiamat, la madre de todos, las aguas se mezclaron en un solo conjunto. Todavía no habían sido fijados los juncales, ni las marismas habían sido vistas. Cuando los dioses aún no habían sido creados, ni ningún nombre había sido pronunciado, si ningún destino había sido fijado, los dioses fueron creados dentro de ellos (Poema de la Creación -Enuma Elish I, 1-9).

Al principio Dios creó el cielo y la tierra. La tierra era algo informe y vacío, las tinieblas cubrían el abismo y el soplo de Dios aleteaba sobre las aguas. Entonces Dios dijo: "Hágase la luz". Y la luz se hizo. Dios vio que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas;... (Génesis 1, 1-4).

En primer lugar existió el Caos. Después Gea la de amplio pecho, sede siempre segura de todos los inmortales que habitan la nevada cumbre del Olimpo. En el fondo de la tierra de anchos caminos existió el tenebroso Tártaro. Por último, Eros, el más hermoso entre los dioses inmortales, que afloja los miembros y cautiva de todos los dioses y todos los hombres el corazón y la sensata voluntad en sus pechos. Del Caos surgieron Érebo y la negra Noche. De la Noche a su vez nacieron el Éter y el Día, a los que alumbró preñada en contacto amoroso con Érebo. Gea alumbró primero al estrellado Urano con sus mismas proporciones, para que la contuviera por todas partes y poder ser así sede siempre segura para los felices dioses. También dio a luz a las grandes Montañas, deliciosa morada de diosas, las Ninfas que habitan

1 Este trabajo se enmarca en una línea de reflexión que iniciamos sobre la complejidad, la conflictividad y la paz, que comenzó con el capítulo "Una paz compleja, conflictiva e imperfecta" en Muñoz y Molina (2009), y que continuó con "Una cultura de la Paz compleja y conflictiva. La búsqueda de equilibrios dinámicos" (entregado para publicarse en la *Revista de Paz y Conflictos*) y "Clío e Eiréne. Una Paz conflictiva e imperfecta" (entregado para publicarse a la revista *Reflexión Práctica*); por eso en el presente trabajo nos ahorraremos algunos aspectos ya desarrollados en las anteriores publicaciones.

en los boscosos montes. Ella igualmente parió al estéril piélago de agitadas olas, el Ponto, sin mediar el grato comercio (Hesíodo, *Los trabajos y los días...*).

Antes que hubiese días, ni años, estando el mundo en grande oscuridad, que todo era caos y confusión, estaba la tierra cubierta de agua; solo había limo y lama sobre la haz de la tierra (López, 1990: 60).

Mesopotamia, Israel, Grecia o México son sólo algunos ejemplos de las abundantes cosmovisiones milenaristas en los que el *Caos* es el punto de partida. En la epopeya mesopotámica de *Enuma Elish*, en episodios posteriores al texto aquí presentado, se describe la lucha del dios Marduk contra las fuerzas del mal a las que vence. Esta versión, probablemente conocida por los israelitas, fue utilizada en los textos del Antiguo Testamento para resaltar la omnipotencia de Dios y su capacidad de *creatio ex nihilo* (Eichrodt, 1975: 121). Por otro lado, en las culturas de América Latina se relata cómo el cosmos es creado, destruido y recreado sucesivamente dando lugar a la desaparición y aparición del orden y del equilibrio. El incumplimiento de las normas cósmicas y divinas, por parte de los humanos, daría lugar al caos en el que se destruye la Tierra y la Humanidad. En un nuevo ciclo, el caos se vería reemplazado por un nuevo orden en el cual se restituye el conjunto de la sociedad. De esta manera es posible entender la regeneración de las condiciones de vida a partir de un viejo orden que se sobrepone a los cataclismos o las catástrofes naturales o históricas. El cosmos o nomos sagrado emerge como una antítesis del caos, a través de soportes míticos y la ejecución de ritos que los activan y prometen un futuro glorioso de bienestar y felicidad (Barabas, 2002: 17).

Nos serviremos principalmente de la *Teogonía* de Hesíodo, el más famoso de los mitos de creación griegos con la intención de escrutar las ideas de caos, complejidad y paz subyacentes en estas mitologías. *Caos*, *Χάος*, significa “vacío que ocupa un hueco”, y procede del verbo *χαίνω*, “abrirse de par en par”, es el estado primitivo de existencia del que surgieron los primeros dioses. Él es el primer dios en surgir en la emergencia del universo. Tras él surgieron *Gea* (la Tierra), *Tártaro* (mundos inferiores) y *Eros* (el deseo que trae la vida). De *Caos* nacerían otras muchas deidades como son *Nix* (la Noche), *Érebo* (la Oscuridad), *Éter* (la Luz), o *Hemera* (el Día); de *Gea* nacieron *Urano* (el Cielo), los titanes *Océano*, *Ceo*, *Crio*, *Hiperión*, *Jápeto*, etc. y *Eros* (el Amor), que, sin descendencia, es el facilitador de estas procreaciones.

La relación entre *Caos*, *Gea* —ambos femeninos en la lengua griega— y *Eros* nos ilustra sobre la fecundidad como acción creativa y reproductiva,

en la que el “amor” juega un papel central. *Gea* como contrapunto de *Caos* significa un cierto orden tangible que precede al *logos* masculino. Sin embargo, como en muchas otras teogonías antiguas, las diosas femeninas están identificadas con elementos contradictorios entre sí, como son: el desorden, la maternidad, la agricultura, la abundancia y la creación (Mayr, 1989: 45).² Lo que dejaba abiertas las puertas para que el “orden” patriarcal gestionara el caos “matriarcal” con la afirmación del “logos”, la extraordinaria razón, pero afincada en la masculinidad discriminatoria de las mujeres. Esta orientación trajo sus ventajas: la *polis*, la democracia, la ciudadanía, la filosofía, el teatro, la arquitectura o la escultura; un orden que postergó a otras formas “femeninas” de relación con *Gea* y consecuentemente con la complejidad del cosmos. Quizás, como preconizó Edgar Morin, para afrontarla tendremos que en una relectura posmoderna, o si queremos transmoderna, retomar todas las formas posibles de conocimiento, desde nuestra corporeidad, las emociones, la intuición, hasta las artes y, por supuesto, la razón (Morin, 1995).

Eros es una deidad primordial que encarna, principalmente, la luz primigenia responsable de la creación y el orden de todos los entes del cosmos, el omnipresente impulso creativo de la siempre floreciente naturaleza, la fertilidad; en consecuencia, la abundancia y, por extensión, la fuerza del amor. *Eros* forma parte de la triada inicial a partir de la cual se genera el resto de los dioses y los seres vivientes, aunque contrariamente a *Caos* y *Gea*, *Eros* no tiene descendencia pero favorece que los demás la tengan. En los desarrollos mitológicos posteriores se limitarán sus competencias, aunque permanecerá como dios del amor y de la atracción sexual. A nosotros nos interesa resaltar, de acuerdo con su significado original, cómo en el origen de los dioses y del universo existía una fuerza, la más hermosa entre los dioses, que cautivaba el corazón de todos ellos y de los hombres con su sagacidad y sus propuestas de transformación a través del amor.³

Caos no es solamente la materia informe, sino también la falta de organización social, de cultura, de normas morales, leyes o tiempos, o quizá mejor expresado: un orden no compartido o no comprendido, por la sociedad en donde se ubica el mito. Sin embargo, si repensamos

2 En este sentido es interesante el concepto “energético de paz”, aplicable a las comunidades arcaicas, que se vincula con la naturaleza y la “gran madre”, de nuestro colega Wolfgang Dietrich, véase Sützl (1997).

3 Posteriormente aparecen versiones alternativas en Platón, Erastótenes y otros autores clásicos, en los que queda “relegado” a dios del amor y la sexualidad.

el significado de *Caos* de acuerdo con los episodios de las cosmogonías podemos ver su perfil creador, lo que, por otro lado, coincide con los enfoques de las teorías de las ciencias contemporáneas sobre el “caos”, ahora como categoría de las matemáticas, la física o la computación. Desde este punto de vista, no es el desorden, sino un orden incomprendido. La trilogía *Caos, Tierra y Amor* es, en cierto sentido, explicativa de la ubicación de los seres humanos en un cosmos en el que sólo es posible sobrevivir por la búsqueda permanente de equilibrios (armonías), como condición *sine qua non* para el mantenimiento de la vida. *Caos*, en algún sentido, representa aquello que los humanos no alcanzan a comprender, a gestionar, un espacio conflictivo donde potencialmente residen nuevas oportunidades de creatividad. La complejidad, incluso independientemente del grado de su asunción racional sólo puede ser gestionada con la intención “erótica” (generadora de vida), buscadora de armonía y de Paz (*Eiréne*). Ésa era la preocupación mitológica de nuestros antepasados y, en gran medida, la nuestra.

Las preocupaciones de Eros e Eiréne

Los propios mitos nos hacen ver que somos fruto de un cúmulo de circunstancias y relaciones insertas en el *Caos* y sus circunstancias, que hemos convenido en llamar *complejidad*. Una de cuyas características hermenéuticas principales, como nos pone de manifiesto la propia mitología —en la que nos mostramos incapaces de controlar nuestro destino—, es que no alcanzamos a comprenderla o a explicarla en su totalidad. El funcionamiento de la complejidad aparece como oculto para nuestras capacidades de conocimiento actual. Es decir, nuestra “aleatoria” evolución como seres humanos ha condicionado y limitado nuestras capacidades perceptivas y organizativas. Sin embargo, no tenemos otra alternativa que no sea la de afrontar las condiciones de nuestra existencia desde las características que reconozcamos en la propia ontología.

Las condiciones de nuestra existencia, nuestras capacidades, potencialidades, proyectos y necesidades, las sociedades, las culturas, las religiones, las migraciones, la paz, la violencia, todas las actividades humanas están insertas en la complejidad. Esto nos hace vivir una conflictividad exógena (con el entorno) y endógena (entre la especie). Las informaciones que gestionamos son incompletas, a veces incongruentes y desorganizadas, generándonos cierta esquizofrenia ante los distintos proyectos vitales que

gestionamos, que intentamos resolver con la ayuda de nuestras capacidades y de una racionalidad que calificamos de “agónica”. De lo cual podemos deducir, y ésta es una de las hipótesis centrales de este trabajo, que *la conflictividad proviene del caos y de la complejidad*, y a la que podemos acercarnos con una voluntad humilde y cooperativa.

En cualquier caso debemos tener claro que es la variabilidad del entorno la que permite la aparición de la vida y su evolución. No existiríamos como humanos sin toda la multiplicidad de variables previas; no tendríamos ninguna opción sobre la cual elegir sin la complejidad, la variabilidad y la conflictividad preexistente, que, en definitiva, es una opción para la creatividad. *Eros*, el deseo que trae la vida, intenta conseguir las mejores condiciones para ésta, para la satisfacción de necesidades, para el desarrollo de las potencialidades, para alcanzar el horizonte de *Eiréne*, la Paz. En conclusión, podríamos afirmar que *para que exista Paz es necesario aceptar la existencia y la gestión del caos*. En la actualidad, podríamos identificar las preocupaciones del *Eros* generador de vida en todas aquellas entidades que de una u otra forma trabajan por un mundo más equitativo, justo y pacífico; desde los programas de las Naciones Unidas, los estudios de los centros de Investigación para la Paz o la reuniones de *oenegés*, hasta las personas altruistas o el amor de las madres. *Eros* opera en el campo de la complejidad e intenta evitar el reduccionismo que da respuestas equivocadamente simples y que produce múltiples disfunciones (dogmatismo, aislacionismo, sectarismo, ...). En este camino, *Eros* se asocia con *Eiréne* y con otras diosas y virtudes que lo acompañan en sus cometidos.⁴

Eiréne, la Paz, y sus muchos otros nombres (*Eirene*, *Shalom*, *Pax* o *Salam*) representan prácticas y realidades sociales a lo largo de la historia de la humanidad, instrumentos para evaluar y promocionar el bienestar, el equilibrio y la armonía. Es útil para identificar y promover situaciones más justas, más ecuanímenes y menos violentas. La Paz es un signo de bienestar y armonía que nos une a los demás, también a la naturaleza, y al cosmos en su conjunto. Nos hace sentirnos más humanos y le da sentido a nuestras vidas. Nos facilita relacionarnos los unos con los otros como miembros de una misma especie. La Paz nos permite darle salidas satisfactorias a los conflictos. Es una vacuna que nos previene de la codicia, el egoísmo, el individualismo, el desprecio hacia los demás y de todas las formas de violencia.

En el mundo contemporáneo las preocupaciones por la Paz se muestran

⁴ Un ejemplo de esto último pudiera ser, como veremos más adelante, la asociación de *Eiréne* con *Diké* (Justicia) y *Eunomia* (Orden).

en diversos foros y publicaciones. Puede que se vean más claramente en Irak, Afganistán, Colombia, Somalia, el Congo o en Chad —países donde existe violencia directa y que tienen un bajo índice de desarrollo humano—, pero también en Canadá, Suecia, Noruega —países con el más alto grado de desarrollo humano. Todos ellos dependen de factores tan diversos como la estabilidad de los Estados, recursos naturales (petróleo, tierras, metales, diamantes, agua,...), fuentes de riqueza, tejido empresarial, tradición democrática, grado de corrupción, mafias (drogas, prostitución,...), organizaciones internacionales, contexto internacional, neoliberalismo, nacionalismos, estrategias de cambio social, o muchos otros factores asociados a la globalización. Como se puede comprobar, múltiples causas, cuantitativa y cualitativamente diferentes, y con relaciones también diversas. Igualmente la complejidad contemporánea de la Paz es apreciable en los indicadores utilizados para medir el grado de desarrollo de los países y comunidades. Y como los informes sobre desarrollo ponen de manifiesto, son muchos otros los factores que inciden en las condiciones de vida dignas de la población. El propio Índice de Desarrollo Humano, empleado por el PNUD, es un indicador social estadístico basado en tres parámetros mesurables: vida larga y saludable (medida según la esperanza de vida al nacer), educación (medida por la tasa de alfabetización de adultos, y la tasa bruta combinada de matriculación en educación primaria, secundaria y terciaria), nivel de vida digno (medido por el PIB per cápita en USD).

Las comisiones de la *International Peace Research Association* (IPRA, Asociación Internacional de Investigación para la Paz) nos indican también los focos de atención de la Paz. Estas comisiones son: Art and Peace, Conflict Resolution and Peace-Building, Eastern Europe, Ecology and Peace, Forced Migration, Gender and Peace Commission, Global Political Economy, Indigenous Peoples' Rights, Internal Conflicts, International Human Rights, Nonviolence Commission, Peace Culture and Communications, Peace Education, Peace History, Peace Journalism, Peace Movements, Peace Theories, Reconciliation, Religion and Peace, Security and Disarmament y Youth and Peace Commission y los grupos de trabajo: Development and Peace, Earth Charter, Evaluation of Development and Peace Activities, Knowledge and Peace, Middle East, Peace Negotiations and Mediation, Peace Psychology, Sport and Peace, World Governance and Peace.⁵

Por otro lado, en el Segundo Congreso Internacional sobre Paz, Democracia y Desarrollo celebrado en Toluca (México) en febrero de

5 Véase <<http://soc.kuleuven.be/pol/ipra/>> [27 de abril de 2009].

2009 se abordaron las siguientes problemáticas: el mundo después de la caída del imperio americano: conflictos y visiones; hacia una racionalidad civilizatoria: pensamiento y prácticas de mujeres a favor de la paz; comunicación, educación y cultura de paz; derechos humanos, democracia y paz; ciudadanía, violencia y desarrollo; género, migración y grupos vulnerables; pobreza, exclusión y políticas sociales; paz y democracia en Centroamérica; *surveillance spiral: social divisions, social defence and the suppression of dialogue*; los gobiernos de izquierda en América Latina, ¿populismo o revolución? o las violencias que vienen.⁶

Como se puede observar, es una agenda plagada de circunstancias diversas y que aparecen, en muchas ocasiones, como incomprensibles e inabordables. Esto es propiamente el mundo del caos y la complejidad que, aceptado como un marco superior de referencia, puede servir para realizar explicaciones de limitado alcance, pero que adquiere un mayor sentido en su incardinación superior. *Eiréne* y *Eros* son, sin duda, de gran utilidad como articuladores del horizonte de la armonía, y le dan sentido a la presencia de los seres humanos en su entorno universal o terráqueo.

En la literatura científica producida a este respecto hablar en clave de “conflictos” se ha convertido en una temática central y recurrente. Esto es así por su fuerte capacidad explicativa e interpretativa de las prácticas sociales y personales. Los conflictos se refieren a las tensiones entre proyectos diferentes, la divergencia de criterios, incluso de emociones y sentimientos. No es una tarea fácil avanzar en este sentido, porque en el fondo se están abordando las características de la condición humana. Efectivamente, los conflictos entendidos como antesala de la violencia, la versión más extendida hasta el momento, coinciden con el modelo judeocristiano (pecado original) u hobbesiano que, en muchos sentidos, está muy extendido en la filosofía occidental. Aunque cada vez se tiende a ver más el conflicto como una circunstancia inherente al ser humano, con la que se abren enormes capacidades creativas, generadoras de bienestar e, igualmente —pero no de forma predominante— otras destructivas y deletéreas. Por todas estas razones consideramos que es vital disponer de modelos —antropológicos y ontológicos— que faciliten una explicación conflictiva unitaria de los seres humanos, de la paz y de la violencia. En este afán, nosotros proponemos adoptar un punto de vista naturalista, también ecológico, el cual ahora estamos enriqueciendo con el abordaje desde la complejidad. Esta perspectiva incardina al ser humano con el

⁶ Véase <<http://pazdesarrolloydemocracia.blogspot.com/>> [27 de abril de 2009].

resto de los seres vivos, ligado a la naturaleza y al cosmos, a través de la teoría de la evolución. *Eros e Eiréne*, cercanos a los humanos, deben ser los protagonistas principales para gestionar estas preocupaciones y lograr que reine el máximo de armonía.

Gea y los humanos frente a Caos y la complejidad

El caos, la complejidad —que intentan explicar las mitologías— en la que estamos sumergidos es una de las características resultantes de los procesos expansivos y evolutivos del universo, en donde se encuentra el planeta Tierra y los seres vivos que la habitan. La supervivencia de los seres humanos depende completamente de la adaptación a este contexto complejo en el que están incluidos. De este medio los seres humanos absorben energía, información y organización, para mantener sus cualidades e intentar sustentar su equilibrio; en definitiva, mantenerse vivos como individuos, grupo y especie. Los seres humanos tienen una absoluta dependencia de un entorno del que son, en cierto sentido, parasitarios para garantizar que sus constantes biológicas, y por extensión sociales y culturales, sigan funcionando y, en definitiva, mantienen unas relaciones de intercambio y tensión permanente con el medio en que viven.

Para sobrevivir, con cierto “orden”, almacenan un alto grado de información, organización y diseño (representan el grado más alto de complejidad —como especie— del universo).⁷ Pero a pesar de ello sólo una pequeñísima parte de este orden lo gestionan racionalmente. Su existencia sólo es posible porque han heredado y aprendido a controlar de manera automatizada gran parte de las circunstancias y variables de las relaciones que establecen con su entorno. Efectivamente, mecanismos filogenéticos, instintivos, emocionales toman gran parte de las decisiones que les son vitales (Antequera, 2005). La libertad, el libre albedrío, comprendidos dentro de este proceso evolutivo, representan una limitada capacidad consciente, racional, para elegir entre las posibilidades dadas por los genes, nuestra corporeidad y sus cualidades. Aunque, bien visto, tiene un doble significado. Por un lado, nos advierte de aquellas realidades que encierran una trama de circunstancias y relaciones difíciles de comprender, y, por otro, nos recuerda su fragilidad, sus limitaciones como humanos, a pesar de lo *sapiens*, para poder comprender y explicarlo todo. Por ello,

⁷ Evidentemente los ecosistemas en los que habitan son en su conjunto más complejos.

como abundaremos más adelante, la complejidad nos relaciona con la imperfección, con los límites de nuestras capacidades, entre otras razones porque nos pone en contacto con lo irreductible y la incertidumbre.

Pensar desde la complejidad nos obliga a reconocernos como seres vivos (por compartir filogenia, evolución, instintos o emociones), ecológicos (con una relación ineludible con el entorno), holísticos (por el anclaje en la naturaleza y el universo) y cooperativos (por la dependencia intraespecífica de especie). En definitiva, humildes (como seres inacabados e imperfectos) frente a los desafíos del entorno. Todo ello tiene, además, consecuencias en la manera de afrontar la praxis y la investigación, ya que no sólo condiciona los modelos antropológicos y ontológicos, sino también las aproximaciones metodológicas, ya que estos estudios deben ser necesariamente inter y transdisciplinarios (Cano *et al.*, 2004).

Frente a los desafíos permanentes de la humanidad, filántropos y altruistas de todo tipo han encarnado la bondad de los seres humanos, preocupados por alcanzar el máximo de bienestar, de equilibrio, de armonía, para el conjunto de su congéneres, han asumido los objetivos de *Eros, Eiréne*. Estos presupuestos son igualmente reconocidos en todas las culturas, filosofías y religiones, ya que representan la mejor garantía para la pervivencia de la especie. Su ejemplaridad se mantiene en la memoria histórica que se transmite de generación en generación y se fija en tradiciones del pensamiento. En cierto sentido, los sabios, estoicos, ascetas, místicos o santos son los encargados de velar por esta sabiduría que tiene continuidad con las posiciones de intelectuales, políticos y pacifistas. Esta preocupación por la Paz se retoma con mayor intensidad a partir del siglo XVI, nutrida de las tradiciones previas clásica y cristiana, en el pensamiento filosófico y político del Renacimiento, el Humanismo, la Ilustración y el Liberalismo, que intentaban dar respuesta a la aparición de nuevos intereses, perspectivas y proyectos. Así, reaparecen con fuerza valores y virtudes tales como Justicia, Armonía, Concordia, dignidad del hombre. En el siglo XIX, la fuerza de las organizaciones pacifistas y del debate por la paz lleva a la organización de reuniones internacionales de forma casi permanente. Y los Congresos de Paz son una expresión de las anteriores tradiciones y coincidieron con los debates del naciente movimiento obrero, aunque las contradicciones entre la emancipación de los trabajadores de los empresarios atravesaba la existente entre los intereses nacionales de los Estados en cada guerra.⁸

8 En 1843 tuvo lugar el primer *Congreso Internacional de Paz*, cuyos objetivos eran difundir la Paz y hacer propaganda en contra de la guerra, proponer un congreso de

Ya en el siglo xx, las nuevas teorías políticas sobre la paz debían contemplar no sólo las perspectivas sociales y políticas anteriores, sino también las nuevas circunstancias y condicionantes que podrían favorecer la guerra. Numerosos intelectuales y científicos apoyaron posiciones de paz, entre los que podríamos destacar a Bertrand Russell, matemático y filósofo, cuyo pensamiento pacifista queda reflejado en cientos de cartas en las que expone su filantropía, su visión sobre la política, la defensa de los derechos y libertades civiles, su rechazo a la Primera Guerra Mundial, al fascismo de los años treinta, a la Segunda Guerra Mundial, al mcartismo de los cincuenta y al peligro de una inminente guerra atómica durante el desarrollo de la Guerra Fría (Perkins, 2003).

Los pronunciamientos a favor de la Paz han sido continuos a lo largo de la historia, pero a partir de un determinado momento su vocación internacionalista se tornó cada vez más comprometida. La Paz ha sido reconocida en numerosas declaraciones internacionales, incluyendo a las propias Naciones Unidas; en diversas resoluciones aprobadas por su Asamblea General se hace hincapié en los principios relacionados con la Paz, la Justicia, el Desarrollo y los Derechos Humanos. Se consideran esenciales para el desarrollo de las relaciones internacionales los valores fundamentales de libertad, igualdad, solidaridad, tolerancia, respeto a la naturaleza y responsabilidad común, y a partir de estos principios se formulan objetivos clave tendentes a desarrollar la paz, la seguridad y el desarme, el desarrollo y la erradicación de la pobreza, la protección del entorno común, y los derechos humanos y la democracia.

Explícitamente, a partir de las Paces de París (que certificaron el fin de la Segunda Guerra Mundial), la línea “racionalista” de la Paz desemboca en la aparición de la *Investigación para la Paz*, en un mundo donde el internacionalismo pacifista sólo puede ser comprendido desde la globalización, que explica las interacciones profundas entre unos acontecimientos y otros. Desde que la Paz comenzó a ser considerada paulatinamente como un objeto de estudio científico, las aproximaciones realizadas han sido múltiples y variadas, se han utilizado las aportaciones de diversos campos científicos y se han llevado a cabo elaboraciones propias que han enriquecido la perspectiva general.

naciones para el arbitraje internacional, y promover el control de la fabricación y venta de armamentos. Desde 1889 se celebró el llamado *Congreso Universal por la Paz*, con reuniones casi anuales hasta 1939, y la Oficina Internacional Permanente de la Paz recibió el premio Nobel de la Paz en 1910. *Cf*: Martínez y Muñoz (2007).

Eros, Eiréne y la búsqueda de equilibrios dinámicos

En lo que sigue vamos a destacar un atributo de los seres humanos que guarda relación con la gestión de los conflictos con su entorno y el intento de mantener su identidad: el equilibrio dinámico. Éste puede ser ejemplificado en la homeostasis como una cualidad autorregulativa, compartida con el resto de los seres vivos, que busca el equilibrio. En cierto sentido, esta actividad podría tener sus correspondencias con la cooperación y la búsqueda de la armonía y la racionalidad como una peculiaridad propiamente humana, que intenta optimizar la supervivencia y la adaptación al medio. Todas ellas buscan gestionar conflictos de distinto alcance, la relación de nuestros cuerpos con el entorno, la relación de unos con otros y la optimización de las respuestas individuales y grupales. Todas ellas buscan la continuidad de las cualidades esenciales de los seres humanos, intentando que las fuerzas que actúan sobre ellos se compensen equilibradamente entre sí. Quizá también se pudiera pensar que algunos estados de equilibrio podrían identificarse con la armonía y que la búsqueda de la armonía es el camino de la paz, porque busca la supervivencia y el bienestar de los organismos.

Ubicados en un medio ambiente siempre cambiante, porque su tendencia es hacia el desorden, la homeostasis, una cualidad de los seres vivos, que proporciona a los seres humanos independencia mediante la adquisición y aprovechamiento de la energía procedente del exterior. Evidentemente, esta independencia es relativa ya que, al menos, necesita esta energía del entorno que, a su vez, se ve modificada al restársela.⁹ Estos fenómenos también podrían ser abordados y comprendidos desde la *autopoiesis*, un concepto más avanzado propuesto por Maturana y Varela. Es una propiedad básica de ciertos sistemas, y describe la manera en que mantienen su identidad gracias a procesos internos mediante los que autorreproducen sus propios componentes. Esto ocurre porque son sistemas determinados en su estructura, es decir, cuando algo externo incide sobre ellos los efectos dependen de ellos mismos, de su estructura, y no de lo externo. Los seres vivos gozan de “autonomía”, a través de sus propias

⁹ Desde otra escala más amplia se habla de homeostasis ecológica, en referencia a ecosistemas, cuando la comunidad de seres vivos alcanza el máximo permitido de acuerdo con unas condiciones determinadas de biodiversidad. La homeostasis se logra con la regulación de todos los factores energéticos y alimentarios y con el equilibrio de las poblaciones en cada uno de los nichos ecológicos, al mismo tiempo que con la regulación de las relaciones intra e interespecíficas. *Cfr.*: Josep Antequera, *op. cit.*

autorreferencias, conservándose “estables” en su constitución, gracias a la continua reproducción de sí mismos (Varela y Maturana, 2004).

Las personas, los grupos, las sociedades, la especie humana acumulan un alto grado de complejidad en su organización estructural, funcional y social, que se mantiene gracias a la acción de *Eros* en la búsqueda de equilibrios entrelazados e interdependientes. La fuerza de uno y otro hace que sea un equilibrio, asimismo, dinámico, inestable, con continuos cambios adaptativos. También relativamente frágil porque pequeñas alteraciones pueden causar problemas fisiológicos, enfermedades e, incluso, la muerte. De esta manera se comprende la importancia de las habilidades que sirvan para adaptarse a los cambios, afrontar las fluctuaciones y lograr cohesión a través de la autoorganización y la autorregulación. Estas soluciones adaptativas a las diversas circunstancias del medio a su alrededor es lo que nos obliga a hablar de un *equilibrio dinámico*. Significa reconocer la existencia de fuerzas que pueden romper la estabilidad; pero, a su vez, hay otras que actúan de contrapeso, de compensación. Desde un punto de vista más amplio el equilibrio significa ecuanimidad, mesura, sensatez en los actos y juicios, prudencia o astucia para sobrellevar una situación complicada.

El propio ser humano es a la vez especie, grupo e individuo, naturaleza y cultura, y una red de instancias sub, inter, intra y suprapersonales. En el ser humano confluye una serie de estratos, en cierto sentido heredados de la mutante Gea: animalidad, subconsciente, inconsciente, conciencia, grupalidad, comunidad, nación o Estado. Por ello, la vida personal y social comporta conflictos y gestión de conflictos surgidos de las demandas de cada nivel y de los modelos cognitivo-culturales, interiorizados. Muchas veces, la propia constitución del yo produce conflictos, otras veces los ordenamientos endogrupales (familia u otros grupos) y exogrupales (sociales, económicos o políticos) conllevan o producen conflictividad. Internamente gran parte de sus recursos están disponibles para activarse, relacionarse y adaptarse —dentro de sus posibilidades— para mantener su integridad e identidad. La homeostasis o la autopoiesis u otros procesos son acciones de mantenimiento de las constantes internas por la acción coordinada de diversos procesos. Esta “cooperación” corporal tiene continuidad en una cooperación social, persiguiendo ambas el bienestar, la permanencia de sus constantes vitales, el equilibrio y la armonía, para lo cual nos ayudamos de nuestras cualidades emocionales y racionales.

La cooperación es una de las características esenciales de los seres humanos, indispensable para supervivir como especie, una característica

que se imbrica con la comunicación, el lenguaje, la socialización, la creatividad, la cultura y la racionalidad. Una herramienta esencial para dar respuesta a las variaciones endógenas y exógenas, para conservar un “equilibrio dinámico”, para mantener el bienestar y buscar la armonía. Esta socialización cooperativa es uno de los principales rasgos definitorios de la especie que han asegurado su éxito y supervivencia. Desde tiempos remotos el género humano ha profundizado en los procesos de socialización como alternativa colectiva para la potenciación de sus capacidades y la satisfacción de sus necesidades individuales y grupales (Muñoz y López, 2000; Searle, 1995, 1997). Los grupos humanos han ordenado y articulado el desarrollo de sus capacidades, para adaptarse al Caos, a través de la interacción recíproca, la conciencia de grupo, la existencia de objetivos, valores y actividades compartidas, la estabilidad y duración de las mismas, y la identificación social. Un conjunto integrado y coherente de pautas de conducta, recurrentes y estables en cierto grado, aseguran el cumplimiento de estas funciones socialmente relevantes. Es en este proceso de socialización cuando se llega a alcanzar la conciencia de uno mismo, mediante el reconocimiento e interiorización de los otros. En un sentido parecido, algunos investigadores ya han resaltado el papel del altruismo, la solidaridad, la cooperación y otras actitudes (amistad, hospitalidad, ternura,...) que explican gran parte de nuestros comportamientos habituales. Desde la prehistoria, su organización social basada en relaciones de parentesco de bandas igualitarias les facilitaba todas sus tareas fundamentales, como la defensa del grupo o conseguir alimentos. Cooperar, compartir y la reciprocidad son rasgos que se pueden identificar claramente con la regulación pacífica de conflictos (Martínez y Jiménez, 2003: 59-126).

El concepto de armonía, entendida como el logro de un equilibrio, se comprende como un valor por alcanzar, una búsqueda de realidades en las cuales el desorden interno sea menor. Los pitagóricos pensaban que el hombre es una parte de la armonía universal, y que la contemplación de la armonía de los movimientos ordenados del cielo y la escucha de la música de las esferas podía orientar al alma hacia la armonía. El ser humano se engarza, de una manera imperfecta, con la totalidad armónica cósmica. Podríamos decir, por lo tanto, que la armonía, al igual que la paz, es imperfecta; pero es donde más se podrían desarrollar al máximo las potencialidades humanas, por eso se deben tener en cuenta los permanentes cambios, adaptaciones y autoorganizaciones, con el fin de lograr equilibrios y ajustar las relaciones

entre los sistemas biológicos, ecológicos y sociales y las interacciones entre los proyectos integrados dentro de un mismo conjunto.¹⁰

La cultura, la racionalidad, la conciencia, todas las “invenciones” humanas son nuevas características del proceso evolutivo que intentan alcanzar las mejores adaptaciones. La libertad, el libre albedrío, comprendida dentro de este proceso evolutivo, representa la capacidad cultural para elegir entre las posibilidades dadas por su filogenia. La eficacia de estas cualidades humanas emergentes sólo es posible al sustentarse en las soluciones más óptimas de sus antepasados filogenéticos. La racionalidad es un recurso más, posible por la existencia de toda una evolución que ha dado como resultado otros recursos adaptativos de los seres vivos. Las características filogenéticas, los instintos, las emociones, los sentimientos cumplían, y cumplen, bien su cometido, por eso no es necesario sustituirlos. La racionalidad no nace con la intención de “controlarlo” todo, sino solamente aquello que era necesario para poder adaptarse lo mejor posible a algunos nuevos desafíos del medio. La racionalidad pasa, ineludiblemente, a formar parte de la complejidad, de la que participa y la hace posible. Igualmente por su carácter conflictivo y agónico participa de la gestión de la paz.

Eros y Eiréne complejos y polisémicos

En consonancia con todo lo anterior, podríamos decir que *Eros*, su versión generadora de *Eiréne*, es una respuesta de los humanos a los desafíos del medio ambiente donde habitan, que busca mayor grado de organización, mayor equilibrio y armonía consigo misma y con su medio. Significa alcanzar el máximo de equilibrio interno que, contradictoriamente, sólo puede ser compensado con el uso de mayores recursos energéticos del exterior. Su eficacia depende directamente, por lo tanto, de que sean tenidas en cuenta las múltiples circunstancias, propias y las de su entorno. En esa medida la *Eiréne* es una respuesta a la complejidad en la que están involucrados los seres humanos, es una realidad primigenia que nos hace movilizarnos y huir del “caos destructivo”, la violencia. En este sentido, la socialización, el aprendizaje, la acción de compartir, la asociación, la cooperación, la compasión, el altruismo, etc. son factores que están en el origen de la

10 En un sentido similar la armonía es una idea presente en muchas otras culturas y civilizaciones: mundo latino, cristianismo, confucianismo, budismo, islam, humanismo, y en el pensamiento político contemporáneo como el krausismo, llegándose a hablar de un “realismo armónico”.

especie. Estas cualidades son determinantes en el nacimiento y éxito de los homínidos y posteriormente de los actuales humanos. *Eiréne* es heredera y se apoya en todos los mecanismos que los seres vivos y los seres humanos han utilizado para conseguir equilibrio y armonía; desde la homeostasis, autopoiesis, cooperación, altruismo, solidaridad, socialización hasta la racionalidad; por eso puede ser descrita desde muchos puntos de vista. Sus múltiples significados se corresponden con las múltiples funciones adaptativas frente a la complejidad con la que se relaciona (Molina y Muñoz, 2004; Muñoz *et al.*, 2005).

Casi con toda seguridad, en los primeros años, siglos y milenios de la historia de la humanidad, antes de su aparición escrita, la idea de Paz no existía. La idea de Paz supone la preexistencia de una complejidad social y simbólica que no se había alcanzado en aquellos tiempos. Con toda probabilidad, simplemente se vivía en paz, no sería necesaria en la medida en que ni siquiera estaba en el horizonte de preocupaciones. Posteriormente, ligada a la institucionalización de la violencia (la discriminación en el acceso a los recursos, de género, la aparición del Estado, las guerras...) la necesidad y el anhelo de paz comenzaría hacerse patente. Debieron ser estas circunstancias las que favorecieron que emergiera el concepto de Paz como un campo conceptual, en el cual se podían reconocer relaciones pacíficas entre grupos e individuos, y su significado frente a las formas de violencia (Muñoz y López, 2000; Muñoz y Molina, 1998).

La guerra, como todas las formas de violencia, es una forma indeseada de *Caos*, que siempre ha surgido como una de sus manifestaciones más contundentes y crueles, por eso ha aparecido continuamente como el antónimo de la Paz. La negación de la guerra ha estado en los orígenes de las preocupaciones por la Paz. Sin duda, la violencia es lo que preocupa a los defensores de aquella; si ella no existiera probablemente no hablaríamos de paz. En cierto sentido la violencia es percibida como la ruptura del orden, del equilibrio, de la armonía preexistente, de unas condiciones de vida en las que eran posibles las expectativas de existencia de la especie humana.¹¹ La guerra va asociada a instituciones (estructuras) que la planifican y ejecutan: Estados, monarquías, parlamentos, gobiernos, ministerios y ejércitos, junto con grupos sociales, empresas y mercados que la favorecen, promocionan y abastecen. Este percepción permitió la aparición del concepto de *violencia*

11 En este apartado no queremos describir explícitamente las formas de la violencia, sino la negación de la misma como contenido de la Paz. Para mayor información sobre la violencia, véase: Martín (2004) y Muñoz *et al.* (2005: 18-28).

estructural, que no sólo describe la violencia generada por los sistemas, sino —lo que es aún más importante aunque pase relativamente desapercibido— las posibles interacciones y retroalimentaciones entre unos y otros espacios donde ésta se genera. Por lo tanto, es necesario preguntarse continuamente sobre las posibles relaciones, inducciones, condicionantes y determinaciones de unos y otros escenarios de la violencia.¹²

Asimismo, este concepto ha permitido develar que el número de víctimas de la violencia es mucho mayor a través de las formas institucionales o estructurales que con la propia guerra. En este proceso también hemos ganado sensibilidad para detectar las diversas manifestaciones de la violencia, nos hemos hecho más conscientes de los efectos deletéreos de ésta, sea cual sea su forma. Es cierto que esto ocurre a pesar de que en el otro lado de esta patética balanza la mayor parte de los conflictos podría ser regulada pacíficamente —esto explica, en gran medida, la supervivencia de la especie. Cabe puntualizar que pese a saber que la mayor parte de las víctimas mortales en la actualidad no se debe a la guerra, ésta es la forma más brutal de violencia, por su puesta en escena, sus objetivos y dimensiones, y porque aparece como un último telón sempiterno e imparable del escenario donde se representa el resto de las formas de violencia.¹³

En realidad hay tantas formas de paz y de violencia como espacios de potencialidad y desarrollo humano: política, de género, doméstica, relacionada con el tráfico ilícito de drogas, las mafias, la delincuencia organizada, la corrupción, la no prevención de los desastres naturales,

12 El enfoque “estructural” es igualmente importante para comprender las relaciones entre los distintos ámbitos de la paz y de los conflictos, como veremos más adelante. Aunque también hay que mostrar cierta precaución para no caer en lo que llamamos enfoques “estructuralistas” en los cuales se pudieran diluir la toma de decisión de los actores y sus motivaciones.

13 Aunque algunos especialistas piensan que en los últimos años la violencia está decreciendo. Esta es la opinión de Pinker (2007). Según el *Stokholm International Peace Reasearch Institute*, en el año 2007 hubo 14 conflictos armados de una cierta dimensión: Somalia, Colombia, Perú, Estados Unidos, Afganistán, Filipinas, Filipinas-Mindanao, India (Kashemira), Myanmar, Sri Lanka, Rusia (Chechenia), Irak, Israel (Palestina), Turquía. Destaca que los actores no estatales se vuelven cada vez más protagonistas en estos conflictos. Por otro lado, se estima que el gasto militar global en 2007 alcanzó los 1,339 mil millones de dólares. Esto corresponde a 2.5% del PIB mundial o a un promedio de \$202 dólares per cápita. *Cfr. Sipri Yearbook 2008, Armaments, Disarmament and International Security*, Oxford.

el tráfico ilícito de armas, el tráfico de seres humanos, el terrorismo, la intolerancia y la incitación al odio racial, étnico, religioso o de otra índole, la xenofobia, las enfermedades endémicas, transmisibles y crónicas, y podrían añadirse muchas otras. Pensar en la violencia nos permite imaginar la Paz, pero hacerlo solamente desde este punto de vista limita extremadamente la visión y las posibilidades de acción. Aunque existe una línea de pensamiento negativa, pesimista, que liga inexorablemente la existencia humana con la violencia y que termina lastrando cualquier pensamiento emancipatorio. Nosotros, sin embargo, pensamos que no hay argumentación suficiente para mantener este punto de vista y que es necesario realizar un giro epistemológico —y ontológico— que nos permita abordar la Paz desde las bondades de los seres humanos con un pensamiento positivo y optimista, pero sin olvidar el lado controvertido y oscuro de nuestra identidad.

El mito descrito por Hesíodo sobre el nacimiento de la *Eiréne* es el más antiguo del que disponemos y, a su vez, bastante elocuente. *Eiréne* es fruto de la unión de *Temis*, a su vez hija de *Gea* y *Urano*, la diosa que rige las leyes eternas, y de *Zeus*, gobernante del monte Olimpo y dios del cielo y el trueno. Donde *Eiréne* reina florece el bienestar y la prosperidad. Su acción está íntimamente unida a las de *Diké* (la justicia) y *Eunomía* (la equidad o el buen gobierno), de modo que no hay paz sin justicia y buen gobierno; no hay buen gobierno sin paz y sin justicia, ni hay justicia sin paz y buen gobierno. El carácter deificado —en la organización del mundo de los dioses no hay lugar para la improvisación— lo institucionaliza y le da mayor trascendencia. Es un programa político para la floreciente sociedad y cultura griega.¹⁴

Efectivamente, en la cultura grecolatina permanece la idea de que la justicia es una de las virtudes más elevadas de los ciudadanos, asociada a la sabiduría y al buen hacer. El cristianismo asumió parte de esas ideas, y la justicia llegó a formar parte de la ley natural otorgada por Dios. En la Edad Moderna y Contemporánea muchos de los pensadores han asociado justicia y paz; sirva de ejemplo el Humanismo o los utilitaristas para quienes lo justo es lo que beneficia al mayor número de personas a la vez. La importancia de la justicia queda de manifiesto en el amplio debate suscitado, en la búsqueda de una definición apropiada que pudiera ser aplicada por los gobernantes y reclamada por el pueblo. Cualquier referencia a lo “justo” va asociada —al igual que ocurre con la paz— a un modelo de sociedad,

14 El nacimiento de la *Eiréne* es narrado por Hesíodo, en el siglo VII a.C. *Cf.*: Martínez López (2000: 254-290).

de seres humanos. En consecuencia, es un debate permanente abierto a las preocupaciones, valores, reglas y normas que rigen las relaciones entre personas e instituciones. Para hablar de la paz es necesario hacerlo de la democracia, de los derechos humanos, del desarrollo sostenible, de la seguridad humana, etcétera.¹⁵

Eros y Eiréne transculturales e imperfectos

A lo largo de todo este trabajo hemos optado por ligar las condiciones de las mitologías de *Caos* y las fuerzas generadoras de vida, *Eros* y *Eiréne*, con la complejidad, los conflictos y los equilibrios. Unas fuerzas pacíficas recreadas en múltiples escenarios sociales y culturales. Una paz, por lo tanto, dinámica y perennemente inconclusa que denominamos *imperfecta*, anclada en unas realidades humanas dinámicas, sujetas permanentemente a cambios y conflictos. En este sentido hacemos uso del concepto de *paz imperfecta* para definir aquellos espacios en donde se pueden detectar acciones que crean paz, a pesar de hallarse en contextos con violencia y conflictos. De esta manera entendemos la *paz imperfecta* como una categoría de análisis que reconoce los conflictos en los cuales las personas y/o grupos humanos han optado por potenciar el desarrollo de las capacidades de los otros, sin que ninguna causa ajena a sus voluntades lo haya impedido (Muñoz, 2001: 21-66).

La fuerza de la paz imperfecta radica en las interacciones entre las esferas donde se produce, sea en diferentes escalas o culturas. Es muy importante considerar las distintas acciones y las relaciones que se establecen entre ellas, las cuales son, al fin y al cabo, las que posibilitan las experiencias concretas. La gestión pacífica de los conflictos depende directamente de las experiencias previas y del aprendizaje que de ellas se tengan. Experiencias que pueden haber tenido lugar en escalas, ámbitos distintos o entre actores diferentes. La capacidad de abstracción y comprensión humana hace que se puedan asimilar y reproducir aptitudes y conductas de éxito en escenarios diversos. La regulación pacífica de un conflicto supone la elección de una vía de éxito, a pesar de que la realidad sea compleja o conflictiva y esté contaminada por la violencia. Aquí reside el enorme potencial de la paz.

15 Para Hans Kelsen, “la Justicia es... aquello cuya protección puede florecer la ciencia, y junto con la ciencia, la verdad y la sinceridad. Es la Justicia de la libertad, la justicia de la paz, la justicia de la democracia, la justicia de la tolerancia”.

Asimismo, creemos que este concepto puede ayudarnos a reforzar el pensamiento pacifista, pues nos facilita una comprensión más sutil de una compleja realidad, constituida por un sinfín de matices y circunstancias. Una comprensión más amplia de las dinámicas sociales a través de las vías seleccionadas para la gestión pacífica de los conflictos desde el compromiso altruista, cooperativo y filantrópico, que busca el mejor equilibrio posible hasta el desarrollo sostenible y la relación armónica con la naturaleza. Igualmente, si conocemos más acertadamente las vías pacíficas también podremos entender mejor las relaciones que éstas establecen con las violentas y las mediaciones sociales que se dan en tales circunstancias.

En realidad se podría hablar de una “paz imperfecta estructural”, en el sentido de que está asentada en los sistemas y en las estructuras y —lo más importante— porque unas y otras experiencias de paz pueden interactuarse y potenciarse. Además, es justamente esta relación entre unas y otras “paces” la que la muestra como institucional o estructural. Estas interacciones son una cualidad de los conflictos, ya que sus variadas circunstancias y escalas se interaccionan continuamente. Pensemos que esto es posible porque en muchas ocasiones son los mismos actores —personas, asociaciones, instituciones o especie— los que actúan con criterios similares en diferentes escalas. Una vez hechas estas salvedades respecto a la paz, cabría preguntarse por las relaciones —y en su caso reconocerlas— que pueda haber entre unas y otras. Para los investigadores de la paz éste es un planteamiento muy claro, pues los conflictos son la matriz de la que parten todas las conductas. Y en el seno de este espacio conflictivo coexisten los actores que optarán por una u otra vía. Por lo tanto, en las explicaciones que demos sobre las dinámicas humanas deberemos considerar esta posible “complementariedad” entre los conflictos, las paces y las violencias.

Aunque cualquier intento tendrá una dosis de simplificación por nuestras propias limitaciones comprensivas y epistemológicas; sin embargo, debemos hacer propuestas para avanzar paulatinamente en esta tarea de confluencia. Es evidente que la *investigación para la paz*, como *campo transdisciplinar*, tiene que hacer un esfuerzo por dotarse de espacios que aspiren a comprender, explicar, dar alternativas, y que consideren las relaciones entre los variados fenómenos desde una perspectiva transcultural, plurimetodológica y transdisciplinar. Contamos con grandes ventajas, camino recorrido, encuentros diversos para poder avanzar en esta vía, que debemos reconocer y potenciar, pero también tenemos obstáculos que debemos deconstruir y desactivar.

Son tantas las preocupaciones asociadas a la paz, tantas las escalas, las variables culturales, las propuestas teóricas, que a veces podríamos sentirnos turbados e incluso desanimados ante tan inmenso campo. Pero este sentimiento puede atemperarse adoptando otro enfoque: en primer lugar comprender que esto ocurre por la propia complejidad de la especie humana, en cualquiera de sus manifestaciones; en segundo lugar que esto es fruto de la propia riqueza cultural humana, en la cual las normas y comportamientos propiciatorios de la paz son mayoría; y en tercer lugar, que dichas situaciones sólo pueden ser abordadas desde métodos cooperativos capaces de confluir en espacios culturales y científicos, donde cada aportación particular adquiera mayor sentido.

En este camino nosotros hemos propuesto una *matriz comprensiva* (que aspire a comprender, explicar y dar alternativas) e *integradora* (que considere las relaciones entre los diversos fenómenos desde una perspectiva transcultural, plurimetodológica y transdisciplinar), no como un punto de llegada, sino como un punto de partida, que debe ser confluyente con otras propuestas. Esta propuesta — como cualquier otra que se haga para explicar las conductas humanas — es necesariamente simplificada, por nuestras propias limitaciones. En consecuencia, es preferible hacer una sugerencia pensada que pueda servir para la comunicación inter y transdisciplinar, que aunque esté limitada nos permita tener algunos ejes de referencia comunes. En dicha matriz consideraríamos cinco ejes: una teoría general de los conflictos; pensar desde una paz imperfecta; deconstruir la violencia; discernir las mediaciones e interacciones estructurales entre conflictos, paz y violencia; y el empoderamiento pacifista. Estos ejes, interaccionados entre sí, deben ser transculturales y transdisciplinarios, y han de tener la capacidad de relacionarse con el resto de saberes, conocimientos, disciplinas y ciencias. Ya le hemos dedicado cierta atención a los mismos y es nuestra intención seguir haciéndolo, porque metodológica y epistémicamente es imprescindible buscar consensos sobre cómo abordar la complejidad, que nos permitan mantener diálogos fluidos en el campo transdisciplinar de la paz. A continuación los enumeraremos someramente y dedicaremos algo más de atención a la deconstrucción de la violencia (Muñoz *et al.*, 2005; Muñoz y Molina, 2009).¹⁶

Caminar hacia una *Teoría general del conflicto*, reconocida de hecho, en la praxis, pero tímidamente testificada en propuestas teóricas. Creemos que esta teoría es fundamental por ser los conflictos la base epistemológica,

16 Cfr. Muñoz (2009), “Clio e Eiréne...”

ontológica y práctica de la Paz —y de la Violencia. Debería aspirar a tener capacidad explicativa de las diferentes entidades humanas, en las diversas culturas, espacios geográficos y momentos históricos. Esto implica conseguir una definición de conflicto suficientemente amplia como para dar cabida a los fenómenos que tengan lugar en los distintos espacios humanos de actuación. La gran ventaja sería que permitiría establecer las interacciones causales entre unos y otros espacios, y, a la vez, tener una perspectiva abierta y dialéctica del conflicto. *Pensar desde una paz imperfecta* es otro eje de la matriz que creemos está suficientemente explicada en el texto. Si queremos la paz debemos prepararla e investigarla, como ya hemos explicitado anteriormente. Quizá sea tan obvio como central por ser el núcleo de las preocupaciones y prejuicios (afortunados y desafortunados). Otro hilo conductor podría ser *discernir las dialécticas y las mediaciones* entre conflictos, paz y violencia, lo cual supone estudiar las comunicaciones, relaciones e interacciones entre los mecanismos y resortes que generan los conflictos. En él incluiríamos los espacios (mediaciones), donde estas interacciones ocurren, ya sean simbólicos o reales. Una visión excesivamente “conflictivista” podría cegarnos para percibir otras realidades.

Por otra parte, deberíamos prestarle especial atención al *empoderamiento pacifista* a través del reconocimiento de las experiencias de la paz —la regulación pacífica de los conflictos—, y de la noviolencia —como filosofía y metodología del cambio social— a lo largo de toda la historia; e intentar que estas experiencias de paz ocupen el mayor espacio a todas las escalas (personal, grupal y planetario) y esferas (privada, pública y política). El empoderamiento es un proceso basado en la “praxis” que contempla una reflexión y acción permanente, y un horizonte normativo para construir futuros más justos y pacíficos.¹⁷

La violencia es la fuente de todas nuestras preocupaciones. No existiría investigación para la paz si no tuviéramos la consternación por la violencia. Es tan grande la preocupación por ella que el mundo “judeocristiano” —también en otras perspectivas culturales— la representa como un *Caos* maligno e insaciable que termina por devorar a su propia descendencia y soluciones. Es preciso comprender la violencia lo mejor posible, igualmente desde sus interacciones (conflictos, mediaciones, paces, etc.), para realizar propuestas de reorientación desde las raíces de la misma. Esto complementariamente requiere estudiar la violencia como un fenómeno absolutamente humano y, por lo tanto, con raíces en la propia evolución

17 *Ibidem*, 131-168.

filogenética y cultural de los homínidos. Es necesario intentar dar, en este sentido, una explicación unitaria de la violencia que incluya tanto sus aspectos estructurales como culturales, simbólicos, filogenéticos y ecológicos (Martín, 2004).

Hablamos de deconstruir la violencia en un intento de comprenderla mejor, no sólo por las dinámicas que ella misma genera sino por el contexto donde opera y, en nuestro caso, también por la ubicación dentro de la complejidad y las interacciones de los otros ejes de la matriz y de las circunstancias que hemos ido abordando hasta el momento. El concepto de violencia, sin estar sujeto al desarrollo del giro epistemológico y ontológico que hemos visto con anterioridad, es una idea reduccionista —la realidad está dinamizada básicamente por esta idea— y solipsista, que termina generando una visión del mundo “violentológica”, en el que la violencia (la guerra, el poder político o la lucha de clases) es la partera de la historia. En este sentido podríamos decir que la interpretación de la violencia depende del reconocimiento de múltiples circunstancias, todas aquellas que participan en los conflictos, las que hacen posible o no equilibrios dinámicos; igualmente de los modelos ontológicos (optimistas) desde los que se reflexione, y de su contextualizado histórico y social.

Asimismo, la violencia, a pesar de ser sistémica y estructural, es “imperfecta”. La perfección suma sería el genocidio total, la eliminación de la especie humana total o parcialmente y, aunque existen algunas experiencias al respecto, esto no es afortunadamente lo normal. Su carácter estructural no quiere decir inamovible, inabordable y que no dependa de los actores que lo hacen posible. Esa es la crítica que le podríamos hacer al estructuralismo. Por eso tendremos que ver, por encima del anonimato irreductible de lo estructural, cuáles son los actores que la ponen en marcha y qué beneficios obtienen de ella. Es más enriquecedor ver lo estructural como producto de las interacciones causales —que tienen nombres y apellidos—, lo cual, a su vez, explica que sea “estructural” y no al revés.

Al insertar la violencia dentro de la matriz, a pesar de ser una propuesta reduccionista para abordar los problemas del campo transdisciplinar de la paz, obtenemos la riqueza de ver todos sus elementos interaccionados, lo cual quiere decir que hay dependencias entre ellos, y eso afecta a la violencia: depende de la paz imperfecta que actúa en los mismos espacios y con los mismos actores. Por esta razón es, asimismo, imperfecta; es una de las vías de regulación de los conflictos, por eso depende de la multiplicidad de circunstancias que la condicionan; de las dialécticas abiertas desde las

que queremos hacer sus lecturas; y de la Teoría general de los conflictos que estamos construyendo; igualmente de las mediaciones, por ser la antesala de la paz y la violencia; y del empoderamiento pacifista, del poder de incidencia de las acciones de paz en los contextos violentos.

Quizás en la actualidad haya un cierto desequilibrio a favor del estudio de la violencia, que debe ser compensado con la investigación para la paz, para que también pueda existir un discurso autónomo de esta última. Como hemos visto a lo largo de este escrito, *Caos*, *Gea* y *Eros* representan, en gran medida, la contextualización de los seres humanos para nuestra supervivencia como especie. *Eros*, el amor, la cooperación, la solidaridad, el altruismo o la filantropía son las cualidades que hacen posible alcanzar los máximos equilibrios en la gestión de *Caos*, la armonía y la búsqueda de *Eiréne*, la paz. La complejidad y la conflictividad, generadas por el caos, es el contexto real de nuestras relaciones con el Cosmos, *Gea* (la Tierra), el resto de los seres vivos y la propia especie, y asimismo termina siendo el marco teórico y práctico (práxico) de las inquietudes para la paz.

Bibliografía

- Barabas, Alicia (2002), *Utopías indias*, México.
- Cano Pérez, María José *et al.* (2004), “Diálogos e investigaciones transculturales y disciplinares”, en *Convergencia*, mayo-agosto, núm. 35, México.
- Dietrich, Wolfgang y Wolfgang Sützl (1997), “A call for many peaces”, en *Schlaining Working Paper*, núm. 4.
- Eichrodt, Walther (1975), *Teología del Antiguo Testamento*, Madrid.
- López Austin, Alfredo (1990), *Los mitos del tlacuache*, México.
- Martín Morillas, José Manuel (2003), *Los sentidos de la violencia*, Granada.
- Martínez Fernández, Gabriel y Juan Manuel Jiménez Arenas (2005), “Los humanos ni violentos ni pacíficos por naturaleza, sino todo lo contrario”, en Carmelo Pérez Beltrán y Francisco A. Muñoz, *Experiencias de paz en el Mediterráneo*, Granada.
- Martínez López, Cándida (2000), “Las mujeres y la Paz en la Historia. Aportaciones desde el mundo antiguo”, en Francisco A. Muñoz y Mario López Martínez, *Historia de la Paz, Actores, espacios y tiempos*, Granada.
- Martínez López, Fernando y Francisco A. Muñoz (2007), *Políticas de Paz en el Mediterráneo*, Madrid.

- Mayr, Franz K. (1989), *La mitología occidental*, Barcelona.
- Molina Rueda, Beatriz y Francisco A. Muñoz (2004), *Manual de Paz y Conflictos*, Granada.
- Molina Rueda, Beatriz y Francisco A. Muñoz (2009), “Una paz compleja, conflictiva e imperfecta”, en Francisco A. Muñoz y Beatriz Molina Rueda, *Una paz compleja y conflictiva*, Granada.
- Morin, Edgar (1995), *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona.
- Muñoz, Francisco A. (2001), “La paz imperfecta en un universo en conflicto”, en Francisco A. Muñoz [ed.], *La paz imperfecta*, Granada.
- Muñoz, Francisco A. (2009), “Clío e Eirene. Una Paz conflictiva e imperfecta”, en *Reflexión política*, año 11, núm. 21, Bucaramanga, Colombia.
- Muñoz, Francisco A. (2009), “Una Cultura de la Paz compleja y conflictiva. La búsqueda de equilibrios dinámicos”, en *Revista de Paz y Conflictos* (en prensa).
- Muñoz, Francisco A. y Beatriz Molina Rueda [eds.] (1998), *Cosmovisiones de paz en el Mediterráneo antiguo y medieval*, Granada.
- Muñoz, Francisco A. et al. (2005), *Investigación de la Paz y los Derechos Humanos desde Andalucía*, Granada.
- Muñoz, Francisco A. y Mario López Martínez (2000), *Historia de la Paz. Actores, tiempos y espacios*, Granada.
- Perkins, Ray [ed.] (2003), *Yours Faithfully, Bertrand Russell. A Lifelong Fight for Peace, Justice, and Truth in Letters to the Editor*, Illinois.
- Sipri Yearbook (2008), *Armaments, disarmament and international Security*, Oxford.
- Varela, Francisco J. y Humberto R. Maturana (2004), *De máquinas y seres vivos: autopoiesis: la organización de lo vivo*, Buenos Aires.

Recursos electrónicos

- Antequera, Josep (2005), *El potencial de sostenibilidad de los asentamientos humanos*. Disponible en: www.eumed.net/libros/2005/ja-sost/ [26 de abril de 2009].
- Pinker, Steven (2007), “A history of violence”. Disponible en: http://pinker.wjh.harvard.edu/articles/media/2007_03_19_New%20Republic.pdf [03 de agosto de 2007].

Francisco A. Muñoz. Historiador e investigador de la paz. Doctor en Historias, profesor titular de Historia de la Universidad de Granada, España. Miembro fundador y director del Instituto de Paz y Conflictos de la Universidad de Granada. Ha llevado a cabo y dirigido diversos proyectos de investigación sobre el mundo antiguo, historia de la paz y teorías de paz; sobre modelos y experiencias de regulación pacífica de conflictos en el Mediterráneo; sobre virtudes clásicas para la paz y regulación pacífica de los conflictos, entre muchos otros. Publicaciones recientes: en coautoría con Fernando Martínez, *Políticas de paz en el Mediterráneo*, Madrid (2007); “Clío e Eirene. Una Paz conflictiva e imperfecta”, en *Reflexión política*, núm. 21, Colombia (2009); “Una cultura de paz compleja y conflictiva. La búsqueda de equilibrios dinámicos”, en *Revista de Paz y Conflictos*, Granada, España (2009).

Envío a dictamen: 02 de septiembre de 2009.

Aprobación: 07 de septiembre de 2009.